

## Perfiles del noticiario radiofónico

*Manuel Antonio Rico<sup>1</sup>*

Verán ustedes cómo es la cosa: si bien mi recorrido profesional me ha conducido por todas las emisoras importantes de España, lo cierto es que no me considero capaz de construir teorías acerca de la radio informativa. Tampoco puedo caracterizar sus categorías más notables. En todo caso, me permitiré ofrecer opiniones ocasionales, quizá un tanto improvisadas. A fin de cuentas, suelo considerarme un periodista de trinchera, pegado al terreno, bien atento a la novedad cotidiana que consituye la materia principal de mi oficio. Y sin embargo, trataré de conciliar algunos planteamientos que hoy circulan acerca de los noticiarios radiofónicos con esa experiencia que, siempre ante un micrófono, voy acumulando desde hace veinte años.

Para comenzar por la coyuntura más reciente, destacaré la singular interactividad que concierne a todos los medios informativos. Solapando discursos y eventos, se advierte ese avicinamiento en un área tan proteica como la radio, donde los periodistas de los diarios hablados podemos comprobar de qué modo y con qué ritmo funciona ese proceso.

Por decirlo de forma simple, es claro que la prensa escrita condiciona a los medios audiovisuales, y que éstos, a su vez, contagian sus formas a aquélla. Cuando en nuestros informativos comentamos los titulares de los diarios, aprovechamos ese aporte como disculpa para iniciar una tertulia. Cosa curiosa: de las conclusiones de ese debate puede surgir la decisión de modificar una portada, ya que los redactores de los periódicos también nos escuchan. Y así es cómo se va configurando un terreno endogámico, por donde nos movemos informadores, políticos, opinadores y un cierto porcentaje de la ciudadanía –digamos un treinta por ciento–, cuyo influjo y poder decisorio podría explicar la tenacidad de este engranaje compartido.

<sup>1</sup> *Periodista radiofónico y locutor de programas informativos, cuya carrera es una de las más destacadas en este ámbito. Estuvo al frente del diario hablado España a las 8 (1979-1982) en Radio Nacional de España; dirigió el espacio Hora 25 (1982-1985) en la Cadena SER, y posteriormente pasó a conducir los principales informativos de la Cadena COPE, Primera Hora y La Linterna (1986-1991). Durante su etapa en Onda Cero, ideó su informativo nocturno, La Brújula (1992-1995). De vuelta en Radio Nacional, se ha encargado de dirigir y presentar el noticiario 24 Horas desde 1996 hasta la actualidad.*

Por esta línea, sorprendería al lector la multitud de ocasiones en que una opinión expresada en un programa informativo se traduce, un día después, en las declaraciones de un dirigente político.

En buena medida, el formato preponderante en las emisoras es la ya citada tertulia. Hablo aquí de ese coloquio asiduo, empeñoso, inteligible en un país como el nuestro, donde la charla y la opinión confrontada forman parte del modelo social. Con todo, quizá el rasgo más notable de la tertulia como género radiofónico –lo que afianza su interés en las programaciones de cada emisora– es el perfil de sus componentes. Es relativamente fácil comprender por qué tales opinadores acaban frecuentando diversos foros: su presencia habitual e influyente en diarios y programas de televisión puede bastar para que el espectador los identifique y atienda.

Por usar una figura futbolística, cabe admitir que la audiencia ha fijado en su imaginario las alineaciones de los equipos: sabe por qué banda juega cada tertuliano y ello le permite proyectar el mapa de sus opiniones. De algún modo, el oyente que desde su hogar asiste a un coloquio radiofónico afianza sus ideas al escuchar al contertulio en quien confía. Asimismo, oye cómo se alzan voces, cómo evoluciona la disputa, cómo se admiten réplicas y se proponen revelaciones. Quizá su objetivo sea documentar un criterio que luego él mismo ha de exponer, apoyado sobre el mostrador de un café, cumpliendo así un rito de grupo. Entendámonos: en el fondo, el pluralismo de los parroquianos es el fiel reflejo de ese espacio conversacional, digresivo, engastado en la casi totalidad de nuestros noticiarios.

La noria gira, invariable. Alrededor de cien periodistas componen la nómina de los tertulianos. ¿Por qué este centenar y no otro? En principio, influye su renombre y también hay razones de orden generacional. Pero lo cierto es que el público no se cansa de ellos y, sin estancamiento aparente, proliferan los espacios que reclaman su presencia. De todas formas, al margen de su éxito, este tipo de tertulias tiene dimensiones peculiares. Cuando pones en antena un coloquio de este jaez, se estremece la sensibilidad de quienes se mueven por el entorno político, y por esa vía el foro aumenta, reflejando el litigio de personas que no están presentes en el estudio.

Por todo lo dicho, se advierte que la penetración social de la radio española es un fenómeno digno de estudio. Cartas, correos electrónicos, llamadas de teléfono: estos y otros muchos detalles manifiestan la importancia que el oyente concede a cuanto escucha en su transistor. A diferencia de lo que sucede en otros países, la autoridad moral que se les atribuye a quienes informan a través de las emisoras surge de un cierto consenso, que quizá haya que razonar aludiendo a la prolongada experiencia de esos periodistas en el ámbito de la política nacional. En este campo sí que prevalece, a mi

modo de ver, esa autoridad a la cual antes aludí. No en vano, vistos en el contexto europeo, los últimos veinticinco años de la historia de España han sido muy particulares. Ese periodo señala el paso de una larga marcha de la cual somos partícipes. Y esta lección, por análogos motivos, aflora en nuestro cometido y en nuestra toponimia personal. Al fin y al cabo, aquellos chavales que informábamos sobre la Junta Democrática somos quienes hoy, al cabo del tiempo, guiamos esta variedad de programas.

Cuando repaso mi anecdotario, esa sensación se reaviva en momentos muy señalados. En 1975 yo colaboraba con Ladislao Azcona y puse voz a las crónicas sobre la agonía de Franco. Cuando nos sorprendió el intento de golpe de Estado el 23 de febrero de 1981, informaba desde el Congreso de los Diputados y fui de los que lloraron al pensar en lo que se nos venía encima. Las instalaciones de Radio Nacional fueron tomadas y el 24 de febrero lo pasé con los GEO en el estudio. (Aquella, por cierto, fue la noche de la Cadena SER, que sirvió de guía para los oyentes, junto a alguna emisora de provincias, donde era posible escuchar cómo su locutor salía a antena de vez en cuando para dar vivas a la Constitución). Para condensar este párrafo autobiográfico, añadiré que mi vida profesional en la radio es la de alguien con la gran fortuna de haber narrado todos los grandes acontecimientos que han ido acumulándose en la moderna crónica española.

Aunque enraizado en la actualidad, mi programa más reciente, *24 Horas*, resume las inquietudes que han ocupado las últimas líneas. Como sucede con otros espacios similares, su estructura alterna la información y el coloquio. Con ese afán, de once a doce de la noche procuro elaborar un buen noticiario, fiel al formato clásico. Luego, a partir de la medianoche, la emisión se concentra en una tertulia que, si hablamos de la audiencia y de su cálculo, tiene más fuerza a la hora de competir. En esta línea, un objetivo de máxima importancia para quienes cultivamos la información radiofónica consiste en atraer a los oyentes más jóvenes, herederos de esa marcha hacia las libertades cuya imagen vuelvo a evocar. Es un desafío y un proyecto ilusionante, pero en su conjunto descubre inquietudes que sólo el futuro solventará. En todo caso, frente a los pensadores más apocalípticos, atentos al escaso interés que la historia y la cultura despiertan en nuestros hijos, prefiero pensar que la sociedad camina hacia delante, aunque también haya en esto matices que hagan temblar mis ideas. Ello explica por qué es tan grato que contacten con nosotros radioescuchas muy jóvenes, inquietos por alguno de los temas que abordamos.

Con los lindes así trazados, sorprende que un país donde la ciudadanía acredita ese entusiasmo por la radio no se interese por su trayectoria. Y es que el nuestro es un medio que carece de historiadores. Más bien cabe pen-

sar que las palabras son aire, como si ésta fuera la metáfora más cabal para quienes las articulamos frente al micrófono. Aire, y no otra cosa: así es como la radio parece expresar el recuerdo de sus profesionales.

Lo vacilante de esa memoria, apenas esbozada, se manifiesta a la menor oportunidad. Cuando no hace mucho falleció Manuel Aznar, padre de nuestro actual presidente, tuve que revisar su biografía para informar acerca de su figura, y en ese afán descubrí detalles que yo mismo, aun perteneciendo al gremio, desconocía por entero. Para mi sorpresa, la trayectoria de Aznar se ofrecía como la de un renovador: como jefe de programas de la SER, reformó por completo sus planteamientos y colaboró junto a Bobby Deglané en el diseño de programas clásicos, al estilo de *Carrusel deportivo*. Cuando dirigió Radio Nacional, creó los boletines horarios, modificó viejos planteamientos y, asimismo, fue el creador del Instituto Oficial de Radio y Televisión. Pero sin embargo, con un claro sentido de lo efímero, toda esa actividad se va perdiendo en el olvido.

Con un empuje admirable, hay numerosos profesionales de la radiodifusión que han acumulado méritos suficientes para entrar en la historia de nuestro oficio. Pienso ahora en periodistas magníficos, cuya presencia fue determinante para que yo evolucionara en mi carrera. Así, Juan Luis Díaz Prats, Homero Valencia, Ladislao Azcona, Eduardo Sotillos y otros como ellos me brindaron la oportunidad de crecer en el ámbito de los servicios informativos.

De igual modo, no puedo dejar de lado a locutores como José María García y Luis del Olmo, veteranos que aún se sitúan en la vanguardia y que aportan constantes novedades, pese a los vaivenes que imponen la competencia publicitaria y la medición de audiencias. Su secreto reside tal vez en el esfuerzo continuado, en su irreductible capacidad de trabajo. Todavía hoy, Luis comienza su programa a las seis de la mañana. El desvelo de alguien tan prestigioso como él revela en primer lugar que la competencia impone cierta ley de la jungla, ante la que no caben distracciones y que cuando llega el momento presenta factura. De esta forma se escribe el objetivo fundamental de nuestro oficio: lograr que cada mensaje capte la atención del oyente, para de ese modo merecer su confianza y fidelidad.